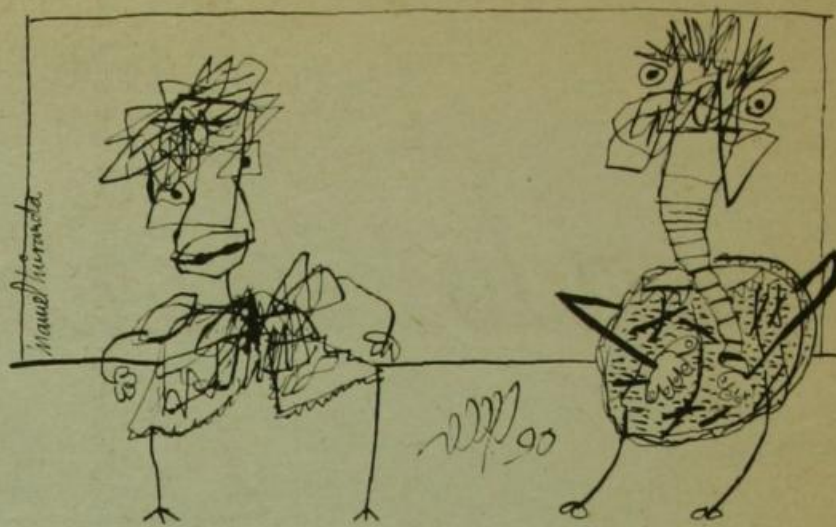



ce uno y admitir que no somos ya chavas, resulta que somos de esa generación que descubrió e inventó la juventud y que creyó que se puede ser eternamente joven. Los jóvenes de los sesenta, que desconfiaban de cualquiera mayor de treinta años. Nuestra generación quiere seguir siendo de *chavos buena onda*. No sabemos ser adultos porque decidimos no ser "como nuestros papás". Y nos creímos todo ese rollo, pensábamos que haríamos un mundo diferente. Todos medio hippies, dizque pacifistas y socialistas y feministas. Ecuménicos y ecologistas. La nueva sexualidad sin represiones, la nueva pareja: en la calle codo a codo, somos mucho más que dos. Ja, ja.

Muchos ahí se han quedado, literalmente. Esos están pasando directamente de la adolescencia a la ancianidad. Otros crecimos a huevo y medio nos hicimos adultos. Pero todos, en el fondo, tenemos algo de eso. Los disfraces, por ejemplo. Cuántos y cuántas no queremos parecer *señoras y señores*. Pues si esos eran el enemigo, cómo vamos a querer. Queremos seguir usando jeans y oír a los Beatles. Queremos no tener tantas responsabilidades. Queremos ser papás maravillosos, nada autoritarios. Pero al renunciar a ciertas cosas de los modelos anteriores, a qué más estaremos renunciando. Además de reinventar la pareja que queremos, o de enfrentar las broncas de la profesión, del trabajo, tendríamos que darnos cuenta de



que, si hay alguna edad de autonomía, si hay algún chance de libertad, de independencia, de creatividad, es ahorita o nunca. ¿Será a eso a lo que le tenemos tanto miedo?

Pues en estas y otras profundísimas reflexiones nos pasamos más de cuatro horas, y como estábamos en Sanborns y ya nos teníamos que ir a dar de comer a los nuestros, y no habíamos agotado el tema, decidimos comprarnos a la salida "Las crisis de la edad adulta", un volumen para cada quien, y prometimos leerlo y luego volvernos a juntar para ver qué. Al rato lo voy a empezar. Luego te cuento. 

## Charlas en la cocina

Leticia E. Santa María Gallegos

**T**engo mucho miedo. Ayer me obligó a firmar un papel en el que lo autorizo a quedarse con las niñas por lo menos una vez a la semana. Si no lo firmaba, los judiciales comenzarían a acosarme o a detenerme si lo consideraban necesario. Y yo lo hice por puro miedo y desconcierto, pues no le tengo confianza. Por el contrario, si no he querido dejarlo solo con mis hijas es por sus antecedentes. No importa que sea su padre, la verdad es que nunca se ha portado como si lo fuera.

Es obvio que sus intereses son otros, los más depravados, Consuelo. Lo que no puedo creer es que hasta ahora y después de haberle reconocido, incluso legalmente, todos los derechos sobre las niñas, me haya dado cuenta de qué tan enfermo está. Me avergüenzo hasta de haberlo conocido. Caí en su juego de seduc-

tor sin tomar la precaución mínima, sin atender a que sólo era un encuentro fortuito que nada podía garantizarme.

No me explico cómo una puede caer en el mismo error dos veces. De verdad que la soledad es un enemigo muy fuerte. Nos obliga a cometer los actos más ingenuos y absurdos con la idea de conseguir la compañía que siempre hemos anhelado. Y es que, ¿cómo no anhelar la responsabilidad compartida de nuestros problemas para resolverlos en pareja, en equipo?

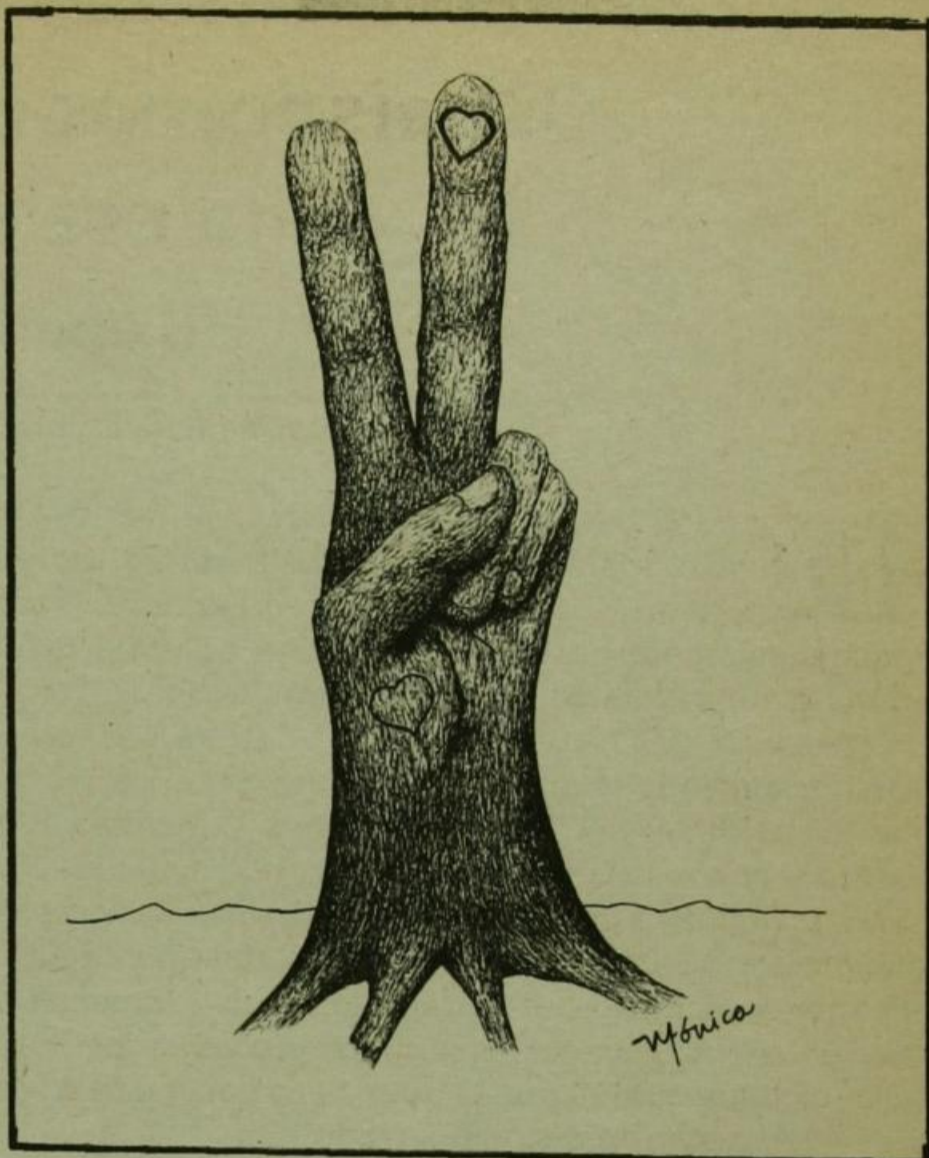
Sí, parece que después de haberme embarazado por primera vez y de haberlo visto desentenderse sin reparo de la bebé y de mí, lo más lógico era desaparecerlo por completo de mi vida. Pero no fue así, en el segundo encuentro quise creer en su reconsideración respecto a lo nuestro y cedí nuevamente a su deseo —al mío también, para qué negarlo—. La diferencia está en que no vislumbré su utilitarismo y en haber

confiado en que su nueva disposición por fin me llevaría a tener pareja.

Registramos a las niñas con su apellido después de que nació la segunda. Manifestó estar dispuesto a comprometerse con la relación y formalizar lo nuestro en un futuro inmediato. Esperé con paciencia y serenidad; en ningún momento intenté presionarlo, sobre todo por mi inseguridad. Temía perder lo que aparentaba ser mi última oportunidad de hacer mi vida. No lo fue y en realidad desconozco cuál de todas mis frustradas experiencias fue realmente una oportunidad.

También supuse que al registrarlas con su nombre se haría responsable de su formación, que me daría algo de dinero para mantenerlas, mas nunca se inclinó en ese sentido. La vivencia, en cambio, no sólo resultó fracaso, sino dramáticamente reveladora, pues jamás había yo sabido de casos semejantes. Lo primero que me hizo sospechar de su desviación pedófila fue que insistiera tanto en despojar de los pañales a las niñas para observarles su partecita. No podía ver bien eso, pero me decía a mí misma que no podía haber nada oscuro en ello, puesto que era su padre, pero sí tomé mis precauciones. Cuando decidimos que entre nosotros nunca habría una relación de pareja, quiso hacer uso de su derecho a ver a las niñas, pero yo no le permití quedarse solo con ellas, mucho menos después de percibir su insistencia en que lo dejara pasearlas sólo a ellas.

Mi negativa desató su furia y comenzó a intimidarme. Entonces fui atando cabos. Recordé la ocasión



en que, en una fiesta infantil a la que llevó a una sobrina, ésta le pidió le revisara su colita porque le dolía y él sabía curarla. Es un enfermo que goza masturbando a las criaturas y mis hijas corren un grave peligro si las dejo con él. Sólo pretende ultrajarlas.

¿Cómo a sus propias hijas? A sus propias hijas y a cuanta niña tenga a su alcance. Me siento terriblemente angustiada, inmensamente indignada e impotente porque, además, el ministerio público está actuando como su cómplice. Las autoridades encargadas de velar por la justicia no hacen sino aprovecharse de su poder para obtener algún beneficio personal a costa de violar la dignidad humana, de solapar el abuso sexual a los infantes, de negarles su derecho a un desarrollo sano en todos los sentidos. No les importa el pudor más sagrado. ¿Por quiénes estamos gobernados? ☹

\* Todos los días se viven situaciones de esta naturaleza entre gente aparentemente normal. Los indefensos siguen siendo víctimas de la lascivia humana y no hay un compromiso social serio contra tales abusos. Mediante este trabajo hago un exorto a las lectoras, así como a las autoridades correspondientes para que se pronuncien por poner freno a tales arbitrariedades. La defensa de la parte ofendida del caso referido se encuentra en proceso en el juzgado Tercero de lo Familiar, mas no incluyo los datos precisos por no estar autorizada para ello. No obstante, ofrezco mi apoyo mediante estas líneas y confío en el de mis lectoras y lectores en caso necesario.